

COLLEVILLE

Forma esto: *D'abord rêva bureaux, E-u...* ¿Se fijan ustedes?... ET IL EUT! *E-u fin riche*. Lo cual significa que después de haber comenzado en la administración, la dejará plantada para hacer fortuna en otra parte. (Repite) *D'abord rêva bureaux, E-u fin riche*.

DUTOQC

Al menos es singular.

BIXIOU

¿É Isidoro Baudoyer?

COLLEVILLE, *con misterio*

No quisiera decirlo á nadie más que á Thuiller.

BIXIOU

Apuesto un almuerzo á que lo adivino.

COLLEVILLE

Yo lo pago si lo encuentra usted.

BIXIOU

Me convidará usted, pues; pero no se enfade: dos artistas como nosotros se divertirán hasta morir... *Isidore Baudoyer Ris d'aboyer d'oiel*

COLLEVILLE, *lleno de asombro*

¡Me lo ha robado usted! ¡Me lo ha robado usted!

BIXIOU, *ceremoniosamente*

Señor Colleville, hágame usted el honor de creerme bastante rico en necedades para no tener que aprovecharme de las del prójimo.

BAUDOYER, *con un legajo en la mano*

Señores, hagan ustedes el favor de hablar un poco más alto y así darán buena fama á la oficina. El digno señor Clergeot, que me ha hecho el honor de venir á hacerme una pregunta, oía la conversación de ustedes. (*Pasa para ir al despacho del señor Godard*).

BIXIOU, *en voz baja*

El ladrador está muy manso esta mañana, me parece que tendremos un cambio atmosférico.

DUTOQC, *en voz baja á Bixiou*

Tengo que hablarle.

BIXIOU, *palpando el chaleco de Dutocq*

Lleva usted un bonito chaleco que sin duda no le cuesta casi nada. ¿Es ese el secreto?

DUTOQC

¿Cómo que no me cuesta nada? Nunca he tenido otro más caro; vale seis francos la vara en el almacén de la calle de la Paz; es una tela hermosa, especial para luto riguroso.

BIXIOU

Amigo mío, entenderá usted en grabados, pero ignora las leyes de la etiqueta. No se puede ser enciclopédico. La seda no es luto. Por eso no llevo yo más que lana. El señor Roubourdin, el señor Clergeot y el ministro, van todos de lana; el arrabal Saint-Germain es todo lana. Minard es el único que no lleva lana por temor á que le tomen por un carnero, llamado *laniger* en latín de bucólica. Este es el pretexto que ha tomado para no ponerse luto por Luis XVIII, gran legislador, autor de la constitución y hombre de ingenio, un rey que ocupará un lugar en la historia, como lo ocupaba en el trono y en todas partes, pues, ¿sabe usted cual fué el rasgo más hermoso de su vida? ¿No? Pues bien; voy á decírselo. En su segunda entrada, al recibir á los soberanos aliados, pasó delante de todos para ir á la mesa.

PAULMIER, *mirando á Dutocq*

No veo...

DUTOQC, *mirando á Paulmier*

Ni yo tampoco.

BIXIOU

¿No comprenden ustedes? Pues bien; daba á entender que no se consideraba en su casa. Aquello era ingenioso, grande

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

y epigramático. Los soberanos hicieron como ustedes, tampoco comprendieron, á pesar de que se esforzaban para comprender; bien es verdad que eran casi todos extranjeros.

(Durante esta conversación, Baudoyer está en el rincón de la chimenea del despacho de su jefe y ambos hablan en voz baja).

BAUDOYER

Sí, el digno hombre expira. Los dos ministros están allí para recibir su último suspiro, y mi suegro acaba de saber este acontecimiento. Si quiere usted hacerme un señalado favor, tome mi cabriolé y váyase á dar la noticia á la señora Baudoyer, pues el señor Saillard no puede dejar la caja y yo no me atrevo á dejar sola la oficina. Póngase usted á su disposición, porque tengo entendido que tiene sus propósitos y tal vez le necesitase para algo. *(Los dos funcionarios salen juntos).*

GODARD

Señor Bixiou, hoy no vendré á la oficina; así es que reempláceme usted.

BAUDOYER, á Bixiou con aire benigno.

Si ocurriese algo, consúlteme usted.

BIXIOU

Por de pronto, la Billardiére ha muerto.

DUTOQC, al oído de Bixiou

Acompáñeme usted un momento. *(Bixiou y Dutocq salen al pasillo y se miran).*

DUTOQC, hablando al oído á Bixiou

Escuche usted, este es el momento de que nos entendamos para ascender. ¿Qué diría usted si le hiciesen jefe y á mí subjefe?

BIXIOU, encogiéndose de hombros

Vamos, no venga usted con bromas.

DUTOQC

Si Baudoyer fuese nombrado, Rabourdin no querría per-

manecer y presentaría la dimisión. Aquí para entre nosotros, Baudoyer es tan inútil, que si Bruel y usted no quisieran ayudarle, dentro de dos meses sería destituido. O yo no sé contar ó tendremos tres plazas vacantes.

BIXIOU

Tres plazas que nos pasarán por delante de las narices y que les serán dadas á pancistas, á lacayos, á espías, á hombres de congregación, á Colleville, cuya mujer ha acabado por donde acaban las mujeres bonitas... por la devoción...

DUTOQC

Querido mío, á ver si alguna vez en su vida quiere usted emplear su talento lógicamente. *(Se detiene como para estudiar en la cara de Bixiou el efecto de su adverbio.)* Juguemos á cartas vistas.

BIXIOU, impasible

Veamos el juego de usted.

DUTOQC

Yo no quiero ser más que subjefe; me conozco y sé que no tengo como usted medios para ser jefe. Bruel puede llegar á ser director. Usted será jefe de negociado, le dejará su plaza cuando haya hecho su negocio, y yo podré ir tirando protegido por usted hasta mi retiro.

BIXIOU

¡Tunante! Pero, ¿por qué medios cuenta usted llevar á bien una empresa donde se trata de forzar la mano de un ministro y de expectorar á un hombre de talento? Aquí, para *inter nos*, Rabourdin es el único hombre apto de la división y tal vez del ministerio. Ahora bien, se trata de poner en su sitio al cuadrado de la estupidez, al cubo de la necedad, á Baudoyer.

DUTOQC, relamiéndose

Querido mío, yo puedo sublevar contra Rabourdin á todas las oficinas. ¿Ve usted si le quiere Fleury? Pues bien, hasta Fleury le despreciará.

BIXIOU

¡Ser despreciado por Fleury!

DUTOcq

No le quedará nadie á Raboutdin; los empleados en masa irán á quejarse de él al ministro, y no será solamente nuestra división, sino la división Clergeot, la división Bois-Levant y los demás ministerios...

BIXIOU

Si, caballería, infantería, artillería y el cuerpo de los marinos de la guardia, ¡adelante! Usted delira, querido mío. Y ¿qué es lo que tengo yo que hacer para todo eso?

DUTOcq

Una caricatura mordaz, un dibujo capaz de matar á un hombre.

BIXIOU

¿Lo pagaría usted?

DUTOcq

Cien francos.

BIXIOU, *para sus adentros*

Algo es algo.

DUTOcq, *continuando*

Sería preciso representar á Raboutdin vestido de carnicero, pero bien parecido, y buscar analogías entre una oficina y una cocina para ponerle en la mano un asador, y pintar á los demás empleados del ministerio en forma de aves, enjaulándolos en una inmensa ratonera en la cual se vería la inscripción: *Ejecuciones administrativas*. Él debe estar en actitud de cortarles el cuello uno á uno, y debe haber allí gansos, patos con cabezas semejantes á las nuestras, vagos retratos; en fin, ya me comprende usted. Se le podría poner con un ave en la mano, como Baudoyer, por ejemplo, convertido en pavo.

BIXIOU, *contemplando á Dutocq*

¿Y ha sido usted el que ha imaginado eso?

DUTOcq

Sí, yo mismo.

BIXIOU, *hablándose á sí mismo*

¿Producirán los sentimientos violentos los mismos efectos que el talento? (*A Dutocq*) Querido mío, yo haré eso... (*Dutocq deja escapar un signo de alegría*) cuando (*desaliento en Dutocq*) sepa en qué apoyarme; porque si usted no saliese airoso, yo pierdo mi destino, y necesito vivir. Mi querido colega, usted es aún excesivamente buen muchacho.

DUTOcq

Pues bien, no haga usted la caricatura hasta que el éxito quede demostrado.

BIXIOU

¿Por qué no acaba usted de desembuchar de una vez?

DUTOcq

Antes es preciso que yo olfatee en la oficina. Ya volveremos á hablar. (*Se va*).

BIXIOU, *solo en el corredor*

Este trucha, pues se parece más á un pez que á un ave, este Dutocq ha tenido una buena idea y no sé de dónde la ha sacado. Si Baudoyer sucede á la Billardiére, sería raro, pero saldríamos ganando. (*Vuelve á las oficinas*). Señores, va á haber aquí famosos cambios, pues el papá la Billardiére ha muerto decididamente. ¡Fuera broma! ¡palabra de honor! Allá va Godard corriendo por cuenta de nuestro respetable jefe Baudoyer, sucesor probable del difunto. (*Minard, Desroys y Colleville levantan la cabeza con asombro; todos dejan sus plumas y Colleville se suena*). Todos nosotros vamos á ascender. Colleville será por lo menos subjefe, Minard será tal vez oficial primero, y ¿por qué no lo ha de ser? es tan estúpido como yo. ¡Eh! Minard, si usted tuviese dos mil quinientos francos, su mujer estaría contenta y ya podría usted comprarse botas.

COLLEVILLE

¿Pero usted todavía no tiene dos mil quinientos francos?

BIXIOU

Pero el señor Dutocq los tiene en las oficinas Raboutdin.

¿Por qué no los había de tener yo este año? El señor Baudoyer los ha tenido.

COLLEVILLE

Mediante la influencia del señor Saillard. Ningún oficial primero los tiene en la división Clergeot.

PAULMIER

¡Ya lo creo! ¿no los tiene el señor Cochin? Ha sucedido al señor Vavasseur, que tuvo durante diez años cuatro mil francos cuando el Imperio, que fué rebajado á tres mil y que murió con dos mil quinientos. Pero la protección de su hermano le valió para que le aumentasen á tres mil.

COLLEVILLE

El señor Cochin se firma *E. L. L. E. Cochin*. Se llama Emilio, Luis, Luciano, Emanuel, lo cual, *anagramado*, da *Cochenille*. Pues bien, se ha asociado con una droguería de la calle de los Lombardos, la casa Matifat, la cual se ha enriquecido explotando este artículo colonial.

BIXIOU

¡Pobre hombre! Él sostuvo un año á Florina.

COLLEVILLE

Cochin asiste á veces á nuestras reuniones, porque es un gran violinista. (*A Bixiou, que no se ha puesto aún á trabajar.*) Debería usted venir á mi casa el martes próximo á oír un concierto. Se toca un quinteto de Reicha.

BIXIOU

Gracias, prefiero mirar la partitura.

COLLEVILLE

¿Dice usted eso de broma? Porque á un artista como usted le debe gustar la música.

BIXIOU

Iré, pero lo haré por su señora.

BAUDOYER, *volviendo*

El señor Chazelle no ha venido aún. Felicítenle ustedes de mi parte, señores.

BIXIOU, *que ha puesto un sombrero en el sitio de Chazelle al oír los pasos de Baudoyer*

Dispense usted, señor, pero ha ido á hacer una pregunta á las oficinas de Rabourdin.

CHAZELLE, *entrando con el sombrero en la cabeza sin ver á Baudoyer*

Señores, el papá la Billardiére ha muerto y Rabourdin es jefe de división y refrendario. Éste sí que no ha robado el ascenso...

BAUDOYER, *á Chazelle*

¿Ha encontrado usted ese nombramiento en su segundo sombrero, señor mío? (*Le indica el sombrero que está en su sitio*). Esta es la tercera vez, durante este mes, que viene usted después de las nueve. Si continúa usted de ese modo, hará carrera, pero ya sabe en qué sentido. (*A Bixiou, que lee el periódico*). Mi querido señor Bixiou, hágame el favor de dejar el periódico á esos señores que se disponen á almorzar y venga á buscar su trabajo de hoy. Yo no sé lo que el señor Rabourdin hace de Gabriel; creo que lo tiene para su uso particular, porque le ha llamado ya tres veces. (*Baudoyer y Bixiou entran en el despacho*).

CHAZELLE

¡Maldita suerte!

PAULMIER, *satisfecho de molestar á Chazelle*

¿No le habían dicho á usted abajo que había subido? Además, ¿no podía usted mirar al entrar, ver el sombrero en su sitio y al elefante?...

COLLEVILLE, *riéndose*

En la cuadra.

PAULMIER

Es bastante grueso para ser visible.

CHAZELLE, *con desesperación*

¡Pardiez! por cuatro francos y setenta y cinco céntimos que nos da el gobierno, no creo que deba estar uno como esclavo.

FLEURY, *entrando*

¡Abajo Baudoyer! ¡viva Rabourdin! Este es el grito de la división.

CHAZELLE, *desesperándose*

Baudoyer podrá hacer que me destituyan si quiere, pero no me hará gran perjuicio. En París existen mil medios para ganarse cinco francos diarios. Se ganan en la Audiencia, haciendo copias para los procuradores...

PAULMIER, *fastidiando á Chazelle*

Usted dice eso, pero un destino es un destino. Y el valeroso Colleville, que trabaja como un forzado fuera de la oficina y que podría ganar, si perdiese el destino, mucho más de lo que gana aquí nada más que enseñando música, prefiere, sin embargo, su destino. ¡Qué diantre! ¡No se abandonan tan fácilmente las esperanzas!

CHAZELLE, *continuando su filípica*

Él, pero no yo. Nosotros ya no tenemos esperanzas de errar. ¡Pardiez! Hubo un tiempo en que nada era más seductor que la carrera administrativa. Sobraban tantos hombres en el ejército como faltaban en la carrera administrativa. Las gentes lisiadas, mancos, cojos y de poca salud como Paulmier, y los miopes, obtenían un rápido ascenso. Las familias cuyos hijos pululaban en los colegios, se dejaban entonces deslumbrar por la brillante existencia de un joven vestido de uniforme, cuyo ojal iba adornado con una cinta roja, y que cobraba un millar de francos al mes á cambio de ir algunas horas á un ministerio cualquiera ó vigilar algo llegando tarde y saliendo pronto, y teniendo como lord Byron algunas horas de asueto, paseándose por las Tullerías, dejándose ver en todas partes, en los teatros, en los bailes, admitidos en las *mejores sociedades*, gastándose un sueldo y devolviendo así á Francia todo lo que Francia le daba. En efecto, los empleados eran entonces como Thuiller, mimados por mujeres bonitas, parecían tener talento y no empleaban mucho tiempo en las oficinas. Las reinas, las princesas y las mariscalas de aquella época feliz, tenían caprichos. Todas aquellas hermosas damas tenían la pasión de las almas hermosas, les gustaba proteger; así es que se

podía desempeñar veinticinco años un destino elevado, ser auditor del consejo de Estado ó refrendario y hacer informes al emperador, divirtiéndose con su augusta familia. Entonces se divertían y trabajaban á la vez. Todo se hacía pronto: Pero hoy, desde que la cámara ha inventado la especialidad de los gastos y los capítulos adicionales, somos menos que soldados. Las menores plazas están sometidas á mil riesgos, porque hay mil soberanos.

BIXIOU, *entrando*

¿Está loco Chazelle? ¿Dónde ve mil soberanos? ¿Será acaso en su bolsillo?

CHAZELLE

¡Contemos! Cuatrocientos al extremo del puente de la Concordia, llamado así porque conduce al espectáculo de la perpetua discordia entre la izquierda y la derecha de la cámara; trescientos más al extremo de la calle del Tournon. La corte, que debe contar trescientos, está, pues, obligada á tener setecientos veces más voluntad que el emperador para dar á sus protegidos un destino cualquiera.

FLEURY

Todo eso significa que en un país donde hay trescientos poderes, se puede apostar mil contra uno á que un empleado que sólo es protegido por sí mismo no obtendrá nunca un ascenso.

BIXIOU, *mirando sucesivamente á Chazelle y á Fleury*

¡Ah! hijos míos, á vosotros os falta saber aún que el peor estado es estar en el Estado.

FLEURY

A causa del gobierno constitucional.

COLLEVILLE

Señores, no hablemos de política.

BIXIOU

Fleury tiene razón. Hoy, señores, servir al Estado ya no es servir al príncipe que sabía castigar y recompensar. Hoy el Estado es todo el mundo, y todo el mundo no se preocupa

de nadie. Servir á todo el mundo es no servir á nadie. Nadie no se interesa por nadie. Un empleado vive entre estas dos negaciones. El mundo no tiene lástima, ni consideración, ni cabeza; todo el mundo es egoísta, todo el mundo olvida mañana el servicio de ayer. De poco vale que seáis, como el señor Baudoyer, un genio administrativo desde la más tierna infancia, el Chateaubriand de los informes, el Bossuet de las circulares, el Caudis de las memorias, el hijo sublime de los telegramas, pues existe una ley desoladora contra el genio administrativo, la ley acerca del ascenso con proporción media. Esta fatal proporción media resulta de las tablas de la ley acerca del ascenso y de las tablas de mortalidad combinadas. Es indudable que entrando en cualquiera administración á la edad de diez y ocho años, no se obtienen mil ochocientos francos de sueldo hasta los treinta, y para obtener dos mil á los cincuenta, la vida de Colleville nos prueba que el genio de una mujer, el apoyo de varios pares de Francia y de varios diputados influyentes no sirve de nada. No existe, pues, carrera libre é independiente en la cual en doce años un joven que ha hecho sus estudios y que está libre del servicio militar, aunque no tenga una inteligencia privilegiada, no haya reunido un capital de cuarenta mil francos, que representa la renta perpetua de nuestro sueldo esencialmente transitorio. En este período de tiempo un tendero debe haber ganado veinte mil francos de renta, haber hecho negocio ó haber presidido el tribunal del comercio; un pintor ha embadurnado un kilómetro de tela y debe ser condecorado con la Legión de honor ó darse aires de un gran hombre desconocido. Un hombre de letras es profesor de algo, ó periodista de á cien francos las mil líneas, ó escritor de folletines, ó se halla en santa Pelagia después de un libelo luminoso que disgusta á los jesuitas, lo cual constituye un valor enorme y convierte á un hombre en político. En fin, un ocioso que no hace nada, pues hay ociosos que hacen algo, se ha creado deudas y halla una viuda que se las pague. Un cura ha tenido tiempo para llegar á ser obispo *in partibus*. Un autor dramático se ha hecho propietario, aunque no haya hecho nunca una comedia entera, como Bruel. Un muchacho inteligente y sobrio que haya empleado el descuento con un capital muy pequeño como la señorita Thuiller, compra un cargo de agente de cambio. Vayamos más abajo.

Un pasante es notario, un trapero tiene mil escudos de renta, los obreros más desgraciados han podido llegar á ser fabricantes, mientras que en el movimiento rotatorio de esta civilización que confunde la división infinita con el progreso, un Chazelle ha vivido á razón de un franco diez céntimos por cabeza, lucha con su sastre y su zapatero, tiene deudas, no es nada, es un cretino. Vamos, señores, un buen arranque algún día, presentemos todos nuestras dimisiones. Fleury, Chazelle, lanzaos á otros mundos y sed de una vez dos grandes hombres.

CHAZELLE, *calmado con las palabras de Bixiou*

Gracias (*Risa general*).

BIXIOU

Hacen ustedes mal. En su lugar, yo me anticiparía al secretario general.

CHAZELLE, *inquieto*

¿Pues qué tiene que decirme?

BIXIOU

Chazelle, Odry le diría á usted con más amabilidad que Lupeaulx que para usted la única plaza libre es la Plaza de la Concordia.

PAULMIER, *abrazado al tubo de la estufa*

¡Pardiez! Baudoyer no os perdonará, no tengáis cuidado.

FLEURY

Pero ¿todavía estamos con Baudoyer? Vaya un tipo que defendéis. Hablemos del señor Rabourdin, ese es un hombre. Me ha puesto un trabajo sobre la mesa que serían precisos tres días para despacharlo aquí... Y sin embargo, lo tendré para esta tarde á las cuatro. Bien es verdad que no viene detrás de mí como un perro ni me impide que venga á hablar con mis amigos.

BAUDOYER, *presentándose*

Señores, convendrán ustedes conmigo en que si se tiene derecho á censurar á la cámara ó la marcha de la administración, no ha de ser ciertamente en las oficinas (*Se dirige á Fleury*.) ¿Por qué viene usted aquí, caballero?

FLEURY, *insolentemente*

Para advertir á estos señores que hay jaleo. Bruel ha sido enviado al secretario general y Dutocq también corre. Todo el mundo se pregunta quién será nombrado.

BAUDOYER

Esto, señor mío, no es cuenta nuestra; vuélvase á sus oficinas y no venga á turbar las mías.

FLEURY, *en la puerta*

Sería una famosa injusticia si se la *birlasen* á Rabourdin. Yo juro que abandonaría el ministerio. (*Vuelve.*) ¿Ha encontrado usted su anagrama, papá Colleville?

COLLEVILLE

Sí, aquí lo tengo.

FLEURY, *inclinándose sobre la mesa de Colleville*

¡Famoso! ¡famoso! esto mismo es lo que ocurrirá si el gobierno continúa su oficio de hipócrita. (*Hace seña á los empleados de que Baudoyer escucha.*) Si el gobierno dijese francamente su intención sin conservar preocupaciones, entonces verían los liberales lo que tendrían que hacer. Un gobierno que pone contra sí á sus mejores amigos y á hombres como los de los *Débats*, como Chateaubriand y Royer-Collard, da lástima.

COLLEVILLE, *después de haber consultado á sus colegas*

Mire usted, Fleury, es usted un buen muchacho, pero no hable aquí de política, pues no sabe el daño que nos hace.

FLEURY, *secamente*

Adiós, señores, me voy á trabajar. (*Vuelve y habla en voz baja á Bixiou.*) Se dice que la señora Colleville está liada con la congregación.

BIXIOU

¿Por dónde?...

FLEURY, *soltando una carcajada*

¡Nunca se le coge á usted desprevenido!

COLLEVILLE, *inquieto*

¿Qué dice usted?

FLEURY

Nuestro teatro hizo ayer mil escudos con la pieza nueva, á pesar de que va la cuadragésima representación. Debería usted venir á verla, las decoraciones son hermosas.

En este momento, Lupeaulx recibía en la secretaría á Bruel, tras el cual se había puesto Dutocq. Lupeaulx había sabido por su ayuda de cámara la muerte del señor de la Billardiére y quería agradar á los dos ministros haciendo para aquella misma noche un artículo necrológico.

—Buenos días, mi querido Bruel—dijo el semi-ministro al subjefo al verle entrar y sin ofrecerle asiento.—¿Sabe la noticia? La Billardiére ha muerto y los dos ministros estaban presentes cuando ha sido sacramentado. El buen hombre ha recomendado muy eficazmente á Rabourdin, diciendo que moriría considerándose desgraciado si no sabía que había de sucederle el que constantemente había desempeñado su plaza. Al parecer la agonía es un acto en el que se confiesa todo. El ministro se ha comprometido con tanto más motivo, cuanto que su intención, como la del Consejo, es recompensar los numerosos servicios del señor Rabourdin (mueve la cabeza á los lados). El consejo de Estado reclama su concurso. Se dice que el señor de la Billardiére deja la división de su difunto padre y pasa á la comisión de gracia y justicia, lo cual es como si el rey le hiciese un regalo de seis mil francos, puesto que el destino es como un cargo de notario y puede venderse. Esta noticia causará alegría en vuestra división, donde tal vez se creería que se colocaría á Benjamín. Bruel, sería preciso redactar diez ó doce líneas para dar cuenta de la muerte del buen hombre. Sus excelencias lo verán (lee los periódicos). ¿Conoce usted la vida del papá la Billardiére?

Bruel hace un gesto para acusar su ignorancia.

—¿No?—repuso Lupeaulx.—Pues bien, ha estado mezclado en los asuntos de la Venda y era uno de los confidentes del difunto rey. Como el señor conde de Fontaine, no ha querido transigir nunca con el primer cónsul. Ha chuanado un poco. Nació en Bretaña de una familia, ennoblecida

por Luis XVIII. ¿Qué edad tenía? No importa. Sobre todo puntualice usted esto... *La lealtad, que no fué nunca desmentida por él, una religiosidad probada...* (el pobre hombre tenía la manía de no poner nunca los pies en una iglesia) dadle el título de *piadoso servidor...* Procure usted poner de manifiesto que pudo cantar el cántico de Simeón al advenimiento de Carlos X. El conde de Artois estimaba mucho á la Billardiére, pues ha cooperado desgraciadamente en el asunto Quiberon y ha cargado con toda la responsabilidad. ¿Y sabe usted? La Billardiére justificó al rey en un folleto publicado en contestación á una impertinente historia de la Revolución hecha por un periodista y en esto puede usted apoyar sus razonamientos de adhesión. En fin, pese usted sus palabras á fin de que los demás periódicos no se burlen de nosotros, y tráigame usted el artículo. ¿Estaba usted ayer en casa de Rabourdin?

—Sí, *monseñor*—dijo Bruel.—¡Ah! dispense.

—No hay de qué—respondió Lupeaulx riéndose.

—Su mujer estaba hermosísima—repuso Bruel,—no hay otra igual en París. Las hay tan listas como ella, pero no la hay tan graciosa y tan lista á la vez. Una mujer puede ser más hermosa que Celestina, pero es difícil que sea tan variada en su belleza. La señora Rabourdin es muy superior á la señora de Colleville—dijo el vaudevillista recordando la aventura de Lupeaulx.—Flavia debe lo que es al comercio de los hombres, mientras que la señora Rabourdin lo sabe todo por sí misma, y yo temería decir un secreto en latín delante de ella. Si yo tuviese una mujer semejante, creería poder lograrlo todo.

—Tiene usted más talento del que le es permitido tener á un autor—respondió Lupeaulx con un movimiento de vanidad. Después se volvió para ver á Dutocq y le dijo:

—¡Oh! buenos días, Dutocq, le he mandado á usted llamar para rogarle que me preste su Charlet si está completo; la condesa no conoce nada de Charlet.

Bruel se retiró.

—¿Por qué viene usted sin que le llame?—dijo duramente Lupeaulx á Dutocq cuando estuvieron solos.—¿Está en peligro el Estado para venir á verme á las diez en el momento en que voy á almorzar con Su Excelencia?

—Tal vez, señor—dijo Dutocq.—Si hubiese tenido el honor de verle esta mañana, sin duda no hubiera usted

hecho el elogio del señor Rabourdin después de haber visto el que éste hace de usted.

Dutocq abrió su casaca, sacó un cuaderno de papel del lado izquierdo y lo colocó sobre la mesa de Lupeaulx. Después fué á echar el cerrojo temiendo una explosión; he aquí lo que leyó el secretario general referente á él, mientras que el gerente cerraba la puerta.

SEÑOR DE LUPEAULX.—*Un gobierno se desacredita empleando ostensiblemente á tal hombre, que tiene su especialidad en la policía diplomática. A este personaje se le puede poner con éxito enfrente de los filibusteros políticos de los demás ministerios, pues sería lástima emplearlo en la policía interior. Está muy por encima del espía vulgar, sabe comprender un plan y llevar á cabo una infamia necesaria, buscando en todos los casos la retirada.*

Lupeaulx estaba sucintamente analizado en cinco ó seis frases, resultando aquello la quinta esencia del retrato biográfico colocado al principio de esta historia. A las primeras palabras el secretario general se sintió juzgado por un hombre más fuerte que él, pero quiso reservarse el derecho de examinar aquel trabajo trascendental, sin entregar sus secretos á un hombre como Dutocq. Lupeaulx mostró, pues, al espía un rostro tranquilo y grave. El secretario general, como los gobernadores y magistrados, como los diplomáticos y demás gentes acostumbradas á escudriñar el corazón humano, no se asombraba ya de nada. Habitudo á las traiciones, á las astucias del odio y á los lazos, podía recibir una herida en la espalda sin que su cara denotase nada.

—¿Cómo se ha procurado usted este documento?

Dutocq contó su buena suerte; mientras le escuchaba, la cara de Lupeaulx no denotaba aprobación; así es que el espía acabó con gran miedo el relato que había comenzado triunfalmente.

—Dutocq, ha puesto usted el dedo entre la corteza y el árbol—respondió secamente el secretario general.—Si no quiere usted crearse terribles enemigos, guarde usted el más profundo secreto acerca de esto, que es un trabajo de la más alta importancia conocido por mí.

Lupeaulx despidió á Dutocq con una de esas miradas que son más expresivas que la palabra.

—¡Ah! ese bandido de Rabourdin también se halla mezclado en esto — se decía Dutocq asombrado de encontrar un rival en su jefe. — Él figura en el Estado mayor, mientras que yo voy á pie. Nunca lo hubiera creído.

A todos sus motivos de odio y aversión hacia Rabourdin, se unió la envidia del hombre de oficio contra un colega, que es uno de los ingredientes más violentos del odio.

Cuando Lupeaulx estuvo solo, se sumió en una extraña meditación. ¿De qué poder sería Rabourdin instrumento? ¿Sería preciso aprovechar aquel extraño documento para perderle, ó armarse de él para salir airoso con su mujer? Este misterio fué completamente obscuro para Lupeaulx, que recorría con espanto las páginas de aquel estado en el que los hombres que él conocía eran juzgados con una profundidad inaudita. Admiraba á Rabourdin, al mismo tiempo que se sentía herido por él en el corazón. La hora del almuerzo sorprendió á Lupeaulx en su lectura.

—Si no baja usted, el ministro tendrá que esperarle — fué á decirle el ayuda de cámara del ministro.

El ministro almorzaba con su mujer, con sus hijos, con Lupeaulx y con sus criados. La comida de la mañana es el solo momento que los hombres de Estado pueden aprovechar del incesante movimiento de sus continuas ocupaciones. Pero á pesar de las ingeniosas barreras con que defienden este momento de charla íntima y de ociosidad dedicado á su familia y á sus afectos, muchos, grandes y pequeños, saben franquearlas. Los negocios van á veces, como en este momento, á interrumpir sus goces.

—Yo creía á Rabourdin un hombre distinto de los empleados ordinarios, y he aquí que diez minutos después de la muerte del señor de la Billardiére inventa el modo de hacer llegar á mis manos por la Brière una verdadera carta de teatro. Tome usted — dijo el ministro á Lupeaulx, entregándole un papel que tenía en la mano.

Demasiado noble para pensar la torcida interpretación que la muerte del señor de la Billardiére podía dar á su carta, Rabourdin no la había retirado de manos de la Brière al saber por éste la noticia.

Lupeaulx leyó lo que sigue:

«Monseñor: Si veintitrés años de servicios irreprochables pueden merecer un favor, suplico á Su Excelencia que me conceda hoy mismo una audiencia, pues se trata de un asunto

en el que está empeñado mi honor.» Seguía después la fórmula ordinaria de terminar las cartas.

—¡Pobre hombre! — dijo Lupeaulx con un tono de compasión que dejó al ministro en su error. — Estamos entre nosotros, dígame usted que venga. Después de la sesión hay consejo, y Su Excelencia, que tiene que responder hoy á la oposición, no tiene más hora para recibirle que ésta.

Lupeaulx se levantó, llamó á un ordenanza, le comunicó una orden y volvió á sentarse á la mesa diciendo:

—Lo cito para los postres.

Como todos los ministros de la Restauración, el ministro era un hombre de edad. La constitución concedida por Luis XVIII tenía el defecto de atar las manos á los reyes obligándoles á entregar los destinos del país á los cuádragenarios de la cámara de diputados y á los octogenarios de la cámara de los pares, despojándoles del derecho de nombrar á un hombre de talento político cuando lo hallasen, á pesar de su juventud ó de la pobreza de su condición. Sólo Napoleón pudo emplear á jóvenes de su elección sin pararse en nada; así es que desde la caída de aquella gran voluntad, la energía había desertado del poder. Ahora bien: hacer suceder la molicie al vigor, es un contraste más peligroso en Francia que en ningún otro país. En general, los ministros viejos han sido medianos, mientras que los ministros jóvenes han sido la honra de las monarquías europeas y de las repúblicas cuyos destinos han dirigido. Aun resonaba en el mundo la lucha de Pitt y Napoleón, dos hombres que llevaron la política á la edad en que comenzaron á gobernar estados los Enrique de Navarra, los Richelieu, los Mazarino, los Colbert, los Louvois, los Orange, los Guisa, los La Rovère, los Maquiavelo, en fin, todos los grandes hombres conocidos salidos de abajo ó nacidos en los alrededores de los tronos. La Convención, modelo de energía, se componía en gran parte de hombres jóvenes: ningún soberano debe olvidar que supo oponer catorce ejércitos á Europa; su política, tan fatal á los ojos de los partidarios del poder llamado absoluto, no dejó de ser dictada por los verdaderos principios de la monarquía, pues obró como un gran rey. Después de diez ó doce años de luchas parlamentarias, después de haber alambicado la política y de haberse rendido de fatiga en ella, aquel ministro había sido verdaderamente entronizado por un partido que lo consideraba como su hombre de negocios.

Afortunadamente para él mismo, estaba más próximo á los sesenta años que á los cincuenta, pues si hubiese conservado algún vigor juvenil, pronto lo hubiera visto agotado; pero acostumbrado á luchar, á retirarse, á volver á la carga, podía dejarse combatir sucesivamente por su partido, por la oposición, por la corte, por el clero oponiéndoles la fuerza de inercia de una materia blanda y consistente á la vez. Torturado en mil cuestiones de gobierno, como lo ha sido el juicio de un abogado viejo después de haber defendido mil pleitos, su espíritu no poseía ya esa viveza que poseen los espíritus solitarios, ni esa rápida decisión de las gentes acostumbradas desde los primeros años á la acción y que se observa en los militares jóvenes. ¿Podía ser de otro modo? Había pleiteado con mala fe constantemente, en lugar de juzgar; había criticado los efectos sin atender á las causas, y tenía, sobre todo, la cabeza llena de mil reformas que un partido lanza á su jefe, de programas que los intereses privados llevan al orador de porvenir, llenándole de planes y de consejos impracticables. Lejos de llegar fresco, había llegado cansado de sus marchas y contramarchas; y después, al tomar la posición en la tan deseada cima, se había cogido á mil espinosos setos y había tropezado con mil voluntades imposibles de conciliar. Si los hombres de Estado de la Restauración hubieran podido implantar sus propias ideas, seguramente que no hubieran ofrecido tanto blanco á la crítica; pero si sus voluntades fueron arrastradas, su edad les salvó permitiéndoles desplegar esa resistencia que se sabe oponer al principio de la vida á esas intrigas bajas y elevadas á la vez que vencieron á veces á Richelieu, intrigas en que iba también á mezclarse Roubourdin, aunque en una esfera menos elevada. Después de las fatigas de las primeras luchas, aquella gente, menos viejos que envejecidos, tuvieron que soportar los malestares ministeriales; así es que sus ojos se empañaban ya cuando era necesaria la perspicacia del águila, y su espíritu estaba cansado cuando se hacía necesario redoblar las energías. El ministro á quien Roubourdin quería confiarse oía diariamente á hombres de indiscutible superioridad que iban á exponerle las teorías más ingeniosas aplicables ó no á los negocios de Francia. Estas gentes, que desconocían las dificultades de la política en general, asaltaban á este ministro al volver de una batalla parlamentaria, de una lucha con las secretas imbecilidades de la corte ó en la vispera de un combate con el

espíritu público, ó al día siguiente de una cuestión diplomática que había dividido al consejo en tres opiniones. En esta situación un hombre de Estado tiene que bostezar, como es natural, al oír la primera frase de todo proyecto encaminado á mejorar la cosa pública. Entonces no se daban comidas en que los especuladores más audaces ó los hombres de la política ó de la hacienda no resumiesen con una frase las opiniones de la Bolsa y de la Banca, las de la diplomacia y los planes que implicaba la situación de Europa. El ministro tenía, por otra parte, en Lupeaulx y en su secretario particular un pequeño consejo para pesarlo todo y para indagar y analizar los intereses que hablaban por medio de los más hábiles oradores. En efecto, su desgracia, que será la de todos los ministros sexagenarios, consistía en torcerse ante todas las dificultades: ante el periodismo, á quien se trataba de amortiguar sordamente en aquel momento, en lugar de aplastarlo francamente; ante la cuestión financiera como ante las cuestiones industriales; ante el clero como ante la cuestión de los bienes nacionales; ante el liberalismo como ante la cámara. Después de haber ganado el poder en siete años, el ministro creía poder ganarlo todo del mismo modo. Es tan natural querer mantenerse por los medios que sirvieron para elevarse, que nadie se atrevía á vituperar un sistema inventado por las medianías para agrandar á los espíritus vulgares. La Restauración, lo mismo que la revolución polaca, han sabido demostrar á las naciones y á los príncipes lo que vale un hombre y lo que les ocurre cuando este hombre les falta. El último y el mayor defecto de los hombres de Estado de la Restauración, fué su honradez en una lucha en que sus adversarios empleaban todos los recursos de la pillería política, la mentira y las calumnias, desencadenando contra ellos por los medios más subversivos á las masas incultas, hábiles únicamente para comprender el desorden.

Roubourdin se había dicho todo esto; pero acababa de decidirse á jugarse el todo por el todo, como el hombre que cansado del juego aventura cuanto le queda á una sola postura. Ahora bien, la casualidad le procuraba un fullero por adversario en la persona de Lupeaulx. Sin embargo, por grande que fuese la sagacidad de Roubourdin, más sabia en administración que en óptica parlamentaria, no se imaginaba toda la verdad; no sabía que el gran trabajo que había ocupado toda su vida iba á convertirse en una teoría para el

ministro y que era imposible que el hombre de Estado no le confundiese con esos charlatanes que resuelven todos los problemas en la mesa de un café ó en el rincón del fuego.

En el momento en que el ministro se fué, en lugar de pensar en Rabourdin pensaba en Francisco Keller, y sólo estaba retenido por su mujer, que le ofrecía un racimo de uvas; el jefe de negociado fué anunciado por el ordenanza. Lupeaulx había contado ya con la disposición en que debía hallarse el ministro, preocupado con sus improvisaciones; así es que al ver al hombre de Estado hablando con su mujer, fué al encuentro de Rabourdin y lo petrificó con su primera frase.

—Su Excelencia y yo sabemos la causa de su preocupación y no tiene nada que temer —dijo Lupeaulx bajando la voz,—ni de Dutocq, ni de nadie—añadió en voz alta.

—No se apure usted, Rabourdin—dijo Su Excelencia con bondad, pero en actitud de retirarse.

Rabourdin se adelantó respetuosamente, y el ministro no pudo evitar su encuentro.

—¿Me permitirá Su Excelencia que le diga dos palabras aparte?—dijo Rabourdin dirigiendo al ministro una mirada misteriosa. El ministro miró el reloj y se dirigió á la ventana, adonde le siguió el pobre jefe.

—¿Cuándo podré tener el honor de someter el asunto á Su Excelencia, á fin de explicarle el nuevo plan de administración del que formaba parte el documento sustraído?

—¡Un plan de administración! (dijo el ministro frunciendo las cejas é interrumpiéndole).—Si tiene usted algo de ese género que comunicarme, espere usted á que trabajemos juntos. Hoy tengo consejo y he de contestar en la cámara acerca del incidente que la oposición promovió ayer al final de la sesión. El miércoles próximo será su día; ayer no trabajamos, porque ayer no podía ocuparme de los asuntos del ministerio. Los asuntos políticos han perjudicado á los asuntos puramente administrativos.

—Deposito mi honor con confianza en manos de Su Excelencia—dijo gravemente Rabourdin—y le suplico que no olvide que no me ha dado tiempo para una explicación inmediata con motivo del documento sustraído.

—Pero no tema usted nada—dijo Lupeaulx interponiéndose entre el ministro y Rabourdin, á quien interrumpió.—Antes de ocho días será usted nombrado.

El ministro se echó á reír al pensar en el entusiasmo de Lupeaulx por la señora Rabourdin y le hizo una seña á su mujer, la cual se sonrió. Rabourdin, sorprendido de todo aquel juego mudo, procuró averiguar su significación, y como hubiese dejado de mirar algún momento al ministro, éste lo aprovechó para marcharse.

—Hablaremos juntos de todo eso—dijo Lupeaulx, ante el cual se encontró solo el jefe de negociado, aunque no sin sorpresa.—Pero no se enfade usted con Dutocq, yo le respondo de él.

—La señora Rabourdin es una mujer encantadora—dijo la señora del ministro á Rabourdin por decirle algo.

Los niños miraban con curiosidad á Rabourdin, el cual esperaba algo solemne y estaba como un pez gordo cogido entre las mallas de una red insignificante, luchando consigo mismo.

—Es favor que me dispensa la señora condesa—balbuceó.

—¿No tendré yo el gusto de verla algún miércoles?—dijo la condesa.—Yo le agradeceré que me la traiga usted algún día.

—La señora Rabourdin recibe los miércoles—dijo Lupeaulx que conocía la insignificancia de los miércoles oficiales.

—Pero ya que usted se muestra tan bondadosa, tengo entendido que dará usted en breve una velada íntima.

La mujer del ministro se levantó contrariada.

—Usted es mi maestro de ceremonias—le dijo la condesa á Lupeaulx.

Palabras ambiguas con las que expresó la contrariedad que le causaba Lupeaulx invitando á nadie á sus veladas íntimas, en las que no admitía más que á personas escogidas. La mujer del ministro saludó á Rabourdin y se fué. Lupeaulx, y el jefe de negociado se encontraron, pues, solos en el saloncito donde el ministro almorzaba en familia. Lupeaulx tenía en la mano la carta confidencial que la Brière había entregado al ministro, carta que Rabourdin reconoció en seguida.

—Usted no me conoce aún bien—le dijo al jefe de negociado sonriéndole.—El viernes por la noche acabaremos de entendernos. En este momento tengo que dar audiencia por el ministro, el cual tiene que prepararse para la cámara; pero, se lo repito á usted, Rabourdin, no tema nada.

Rabourdin bajó lentamente las escaleras, confundido por el extraño aspecto que tomaban las cosas. Se había creído denunciado por Dutocq y no se engañaba; Lupeaulx tenía en sus manos el estado en que tan severamente era juzgado, y sin embargo Lupeaulx acariciaba á su juez. La cosa era para llenar de confusión á cualquiera. Las gentes de rectitud comprenden difícilmente las intrigas embrolladas, y Rabourdin se perdía en aquel laberinto sin poder adivinar la conducta del secretario general.

—O no ha leído el artículo referente á él, ó ama á mi mujer.

Tal fué la opinión última del jefe de negociado al atravesar el patio, opinión motivada por el recuerdo de la mirada que había sorprendido la víspera entre Celestina y Lupeaulx. Durante la ausencia de Rabourdin, sus oficinas habían sido, como es natural, presa de una agitación violenta, porque en los ministerios las relaciones entre los empleados y los superiores están tan bien reguladas, que cuando el ordenanza del ministro va de parte de Su Excelencia al despacho de un jefe de negociado, sobre todo á la hora en que el ministro no está visible, se hacen grandes comentarios. La coincidencia de este recado con la muerte del señor de la Billardiére dió por otra parte una importancia inusitada á este hecho, que el señor Saillard supo por el señor Clergeot, moviéndole á ir á conferenciar con su yerno. Bixiou, que trabajaba entonces con su jefe, le dejó hablar con su suegro y se trasladó á las oficinas de Rabourdin, donde los trabajos estaban interrumpidos.

BIXIOU, *entrando*

Señores, no hace gran calor aquí. Ustedes no saben lo que pasa abajo. El virtuoso Rabourdin está hundido, ó destituido; ha habido una escena horrible en el despacho del ministro.

DUTOCQ, *mirando á Bixiou*

¿Es verdad?

BIXIOU

¿A quién puede disgustar esto? No será á usted ciertamente, que será nombrado sub-jefe, ni á Bruel, que pasará á ser jefe. El señor Baudoyer pasa á dirigir la división.

FLEURY

Apuesto cien francos á que Baudoyer no será nunca jefe de división.

MEUX

Yo acepto la apuesta. ¿La acepta usted también, señor Poiret?

POIRET

Yo me retiro el primero de Enero.

BIXIOU

¡Cómo! ¿No veremos ya más sus zapatos con cordones? ¿Y qué será entonces del ministerio sin usted? ¿Quién entra en la apuesta conmigo?

DUTOCQ

Yo no puedo entrar, porque apostaría sin riesgo. El señor Rabourdin ha sido nombrado, porque el señor la Billardiére lo ha recomendado en su lecho de muerte á los dos ministros, acusándose de haber cobrado el sueldo de una plaza cuyo trabajo hacia Rabourdin. Ha tenido escrúpulos de conciencia, y salvo órdenes superiores, le han prometido nombrar á Rabourdin para calmarle.

BIXIOU

Señores, pónganse ustedes todos contra mí; aquí son siete, porque usted también entrará, ¿verdad, señor Phellion? Apuesto una comida de quinientos francos en el Rocher de Cancale á que no le dan á Rabourdin la plaza de la Billardiére. La cosa no les costará ni cien francos á cada uno, puesto que yo arriesgo quinientos. Ya ven que la ventaja es grande. ¿Está? ¿Entra usted también, Bruel?

PELLION, *dejando la pluma*

Caballero, ¿en qué funda usted esa proposición aleatoria, porque aleatoria es la frase? pero me engaño al emplear el término *proposición*, es *contrato* lo que yo quería decir. La apuesta constituye un contrato.

FLEURY

No, porque no se puede dar el nombre de contrato más

que á los convenios reconocidos por el código, y el código no concede acción ejecutiva á la apuesta.

DUTOCC

Es reconocerla el proscribirla.

BIXIOU

No está mal eso, mi pequeño Dutocq.

POIRET

¡Caramba!

FLEURY

Es justo. Es como el que se niega al pago de sus deudas, que las reconoce también.

THUILLER

Están ustedes hechos unos famosos jurisconsultos.

POIRET

Tengo tanta curiosidad como el señor Phellion por saber en qué razones se apoya el señor Bixiou...

BIXIOU, *gritando*

¿Entra usted también, Bruel?

BRUEL, *presentándose*

¡Pardiez! señores, tengo que hacer una cosa verdaderamente difícil, el reclamo por la muerte del señor de la Billardière. ¡Por favor! un poco de silencio, después se reirán ustedes y apostarán.

BIXIOU, *yéndose al despacho de Bruel*

Es verdad, Bruel; el elogio del buen hombre es cosa bien difícil; preferiría hacer su caricatura.

BRUEL

¡Ayúdame, Bixiou!

BIXIOU

No tengo inconveniente, aunque esa clase de artículos se hacen mejor comiendo.

BRUEL

Comeremos juntos. (*Leyendo*).
La religión y la monarquía pierden todos los días algunos de los que combatieron por ellas en los tiempos revolucionarios...

BIXIOU

Mal. Yo pondría:

La muerte ejerce especialmente sus estragos entre los defensores más viejos de la monarquía y los servidores más fieles del rey, cuyo corazón destila sangre al recibir estos golpes. (Bruel escribe á toda prisa.) El señor barón Flamet de la Billardière ha muerto esta mañana de una hidropesía de pecho, causada por una afección al corazón.

¿Ves? conviene probar que hay corazón en las oficinas. ¿Sería conveniente introducir ahí un pequeño comentario acerca de las emociones de los realistas durante el terror? ¡Pshe! no estaría mal; pero no, porque luego vendrían los periódicos diciendo que las emociones han afectado más á los intestinos que al corazón. No hablemos de eso. ¿Qué has puesto?

BRUEL, *leyendo*

Oriundo de una vieja cepa parlamentaria...

BIXIOU

Está bien, es poético eso, y cepa es una gran verdad.

BRUEL, *continuando*

Donde la abnegación por el trono era hereditaria, así como el apoyo á la fe de nuestros padres, el señor de la Billardière...

BIXIOU

Yo pondría el señor barón.

BRUEL

¡Pero si no era barón en 1803!

BIXIOU

Es igual. Ya sabes que en tiempo del Imperio, contando